

A PIES DE ORILLA

El silencio interno era profundo, el viento hacía arrumacos a todo su cuerpo. Tumbado en la arena, aprovechaba cada segundo de su estancia en aquel lugar. Había dormido poco y necesitaba seguir descansando. En derredor suyo, solo encontraba cuatro o cinco turistas buscadores del oro sureño, el sol, algunos pescadores y varios perros vagabundos. Los pescadores se afanaban en su labor lanzando afiladas cañas desde la orilla del mar. Los perros jugaban y se desafiaban entre ellos. Ladraban y gruñían para delimitar sus territorios. Olisqueaban las cestas donde los pescadores guardaban sus capturas, provocando el enfrentamiento entre estos y los canes.

En el aire, a veces, sonaba un grito de reprimenda hacia los animales quebrando tácitamente la quietud del silencio. El mar parecía adormilado, lánguido, aburrido, al mismo tiempo que transmitía una plena sensación de paz y tranquilidad que envolvía a todos los seres vivos que estaban allí presentes.

El viento levantaba arena como enfadado, y dejaban, ambos, escapar un sonido similar al deslizar de una serpiente, que acompañado por las lejanas notas de una guitarra, amenizaba y compensaba los escasos ruidos desagradables que se podían oír. Pero había un sonido por encima de todos. El de las olas golpeando levemente su destino final. Llegaban una tras otras y todas repetían el mismo ritual. Iban apareciendo, creciendo, elevándose hasta que desde su cota más alta rompían en una espuma blanca que se extendía hacia ambos lados con el único objetivo de avanzar cual ejército hacia su conquista.

La tierra era su conquista, y la tierra, se dejaba fecundar por las ondas marinas para que de ese acto de amor naciera ese susurrante sonido.

El sol era el más privilegiado testigo de todo lo que acontecía en la superficie, brillaba en el más alto índice de luz, provocaba una temperatura idónea para cualquier manifestación de vida y adormilaba los párpados en un recuerdo onírico.

La bajada de la marea había dejado nacer, entre las hendiduras telúricas, algo parecido a un afluyente salado sin desembocadura. En él, dos niños chapoteaban y se divertían intentando cazar con

sus propias manos, algunos de los ínfimos peces que habían quedados atrapados por culpa de la marea.

Ya no eran cuatro o cinco personas, eran algunas mas las que habían llegados en los últimos momentos, pero la extensión de aquel lugar permitía un numero mayor de individuos sin alterar el espacio ni el descanso personal.

El calor aumentaba. Y el mar invitaba a un relajante baño.

20-10-07